

garrado tanto tiempo por un obscuro combate, pareció calmarse cuando por fin su salud se hubo restablecido por completo. Repetía su pregunta:

—¿Eres dichosa, mamita?

—Sí, muy dichosa, ángel mío.

Entonces la niña irradiaba. Había que perdonarle sus antiguas maldades, decía. Hablaba de ellas como de un ataque independiente de su voluntad, de un dolor de cabeza que la hubiese asaltado de repente. Había algo que se henchía en ella, aunque no sabía qué era á punto fijo. Toda clase de ideas luchaban en su cerebro, ideas vagas, feos sueños que ni siquiera hubiera podido repetir. Pero ya había pasado; se curaba y aquéllo no volvería ya.

## V

Cafá la noche. Del pálido cielo en que brillaban las primeras estrellas, parecía llover una ceniza fina sobre la gran ciudad, á la que enterraba lentamente, sin darse punto de reposo. Grandes masas de sombra llenaban ya los huecos, en tanto que una línea como una ola de tinta, subía del fondo del horizonte, tragándose los restos del día, los vacilantes resplandores que se retiraban hacia Poniente. Ya no quedaban, por debajo de Passy, más que unos cuantos mantos de techumbres que se distinguieran todavía. Después la ola se desarrolló, y fueron las tinieblas.

—¡Qué cálida noche!—murmuró Elena, sentada delante de la ventana, llena de languidez por los tibios soplos que París le enviaba.

—Una hermosa noche para la gente pobre,—dijo el sacerdote, en pie detrás de ella.—El otoño será dulce.

Aquel martes Juana se había aletargado durante los postres, y su madre la había acostado, vién-



dola algo cansada. Dormía Juana ya en su cama, en tanto que M. Rambaud, en el velador, se dedicaba con toda gravedad á recomponer un juguete, una muñeca mecánica que andaba y hablaba, regalada por él á la niña, y que ésta había roto; M. Rambaud se pintaba solo para aquella clase de trabajos. Elena, falta de aire, padeciendo aquellos últimos calores de septiembre, acababa de abrir la ventana de par en par, consolada por aquel mar de sombras, por aquella inmensidad negra que se extendía ante ella. Había acercado allí un sillón para aislarle, y quedó sorprendida al oír al sacerdote. Este continuó dulcemente:

—¿Ha tapado usted bien á la niña?... El aire es siempre vivo en estas alturas.

Pero Elena cedía á la necesidad de guardar silencio y no respondió. Gozaba del encanto del ocaso, del último desvanecer de las cosas, del amodorramiento de los ruidos. En la punta de las flechas y de las torres ardía un resplandor de mariposa; San Agustín se apagó primero, el Panteón conservó por un instante una claridad azulada, la cúpula de los Inválidos se puso como una luna en una creciente marea de nubes. Era el Océano, la noche, con su inmensa extensión en el fondo de las tinieblas, como un abismo de obscuridad en el que se adivinaba un mundo. Un hálito enorme y dulce llegaba de la ciudad invisible. En la prolongada voz que roncaba subían ruidos aun, debilitados y distintos, un brusco rodar de ómnibus en el muelle, el silbido de un tren que atravesaba el puente del Point-du-jour, y el Sena, engrosado por las últi-

mas tempestades, pasaba muy ancho con la fuerte respiración de un sér viviente, alargándose allá abajo en un pliegue de sombras. Un olor cálido se exhalaba de los techos ardientes aún, en tanto que la ribera, en aquella exhalación lenta de los ardores del día ponía pequeños soplos de frescura. París, desaparecido, tenía el reposo soñador de un coloso que deja que la noche le envuelva y permanece así, inmóvil por un momento, con los ojos abiertos.

Nada enternecía más á Elena que aquel minuto de paro en la vida de la ciudad. En los tres meses que llevaba sin salir, clavada al lado del lecho de Juana, no había tenido otro compañero de vela, junto al lecho de la enferma, que aquel gran París que se extendía en el horizonte. En aquellos calores de julio y de agosto, las ventanas estaban casi continuamente abiertas, y Elena no podía atravesar la estancia, moverse, volver la cabeza, sin verle delante de ella desarrollando su eterno cuadro. Estaba allí, á todas horas, entrando por mitad en sus dolores y de sus esperanzas, como un amigo que se imponía. Ella seguía ignorándolo, y nunca había estado más lejos de él, más indiferente á sus calles y á su pueblo; París llenaba su soledad. Aquellos pocos pies cuadrados, aquella alcoba de sufrimiento cuya puerta cerraba Elena tan cuidadosamente, se abría de par en par á él por sus dos ventanas. Muy á menudo la joven había llorado contemplándole, cuando iba á echarse de pechos allí para ocultar sus lágrimas á la enferma; un día, el día en que la había creído perdida, había permanecido allí largo rato, sofocada, estrangulada, siguiendo con la



vista las humaredas de la Manutención que se escapaban. A menudo también, en las horas de esperanza, había confiado las alegrías de su corazón á las perdidas lejanías de los arrabales. No había un solo momento que no le recordara una emoción alegre ó triste. París vivía con su existencia. Pero nunca le quería más Elena que á la hora del ocaso, cuando la urbe, terminado el día, consentía en un cuarto de hora de apaciguamiento, de olvido y de meditación, esperando que el gas estuviera encendido.

—¡Cuántas estrellas!—murmuró el padre Jouve.  
—Brillan á millares.

Acababa de tomar una silla y de sentarse al lado de Elena. Entonces la joven alzó los ojos contemplando el cielo de verano. Las constelaciones clavaban en él sus clavos de oro. Un planeta, casi al ras del horizonte, relucía como un carbunco, en tanto que un polvillo de estrellas casi invisibles enarenaba la bóveda con una arena salpicada de centellas. El Carro, lentamente, giraba, con la lanza al aire.

—Mire usted,—dijo Elena á su vez,—esa estrellita azul, en ese rincón del cielo. Cada noche la vuelvo á encontrar... Pero se va, retrocede todos los días.

Entonces el sacerdote no la estorbaba ya. Le sentía á su lado como un sosiego más. Cambiaron algunas palabras espaciadas por largos silencios. Por dos veces le preguntó Elena por los nombres de algunas estrellas; siempre la había atormentado la vista del cielo. Pero el padre vacilaba, no sabía.

—¿Ve usted,—preguntaba la joven,—esa hermosa estrella que tiene destellos tan puros?

—¿A la izquierda, verdad?—decía él.—Al lado de otra menos grande, verdosa... Hay demasiadas; he olvidado...

Calláronse, con los ojos levantados aún, deslumbrados y sobrecogidos por ligero escalofrío ante aquel hormiguero creciente de astros. Tras los millares de estrellas, otros millares de estrellas aparecían, sin tregua, en la profundidad infinita del cielo. Era un florecimiento continuo, una atizada brasa de mundos ardiendo con el tranquilo fuego de las pedrerías. Ya blanqueaba la vía láctea, desenvolviendo sus átomos de sol tan innumerables y tan lejanos que no son, para la redondez del firmamento, más que una banda de luz.

—Me da miedo eso,—dijo Elena en voz muy baja.

E inclinó la cabeza para no ver más, y bajó las miradas hacia el bostezante vacío en que parecía haberse hundido París. Allí, ni una luz todavía, la noche completa extendida por igual; una ceguedad de tinieblas. La voz alta y prolongada había tomado una dulzura más tierna.

—¿Llora usted?—preguntó el sacerdote, que acababa de oír un sollozo.

—Sí,—respondió sencillamente Elena.

No se veían. Elena lloraba largamente, con murmurio de todo su sér. Entre tanto, Juana detrás de ellos, ponía la calma inocente de su sueño, y M. Rambaud, absorto, inclinaba la canosa cabeza encima de la muñeca, cuyos miembros había des-



montado. Pero el buen señor, á ratos, dejaba escapar secos ruidos de resortes que se distendían, balbuceos de niño que sus gruesos dedos sacaban lo más dulcemente posible del descompuesto mecanismo. Y cuando la muñeca había hablado demasiado fuerte, M. Rambaud se detenía, inquieto é incomodado, mirando si no habría despertado á Juana. Después volvía á consagrarse á la composición con toda cautela, sin tener más instrumentos que unas tijeras y un punzón.

—¿Por qué llora usted, hija mía?—prosiguió el sacerdote.—¿No puedo yo proporcionar á usted ningún consuelo?

—¡Oh, déjeme usted!—murmuró Elena.—Estas lágrimas me hacen mucho bien. En seguida, en seguida...

Se ahogaba demasiado para responder. Ya en otra ocasión en aquel mismo sitio, una crisis de llanto la había destrozado; pero estaba sola, y había podido sollozar en las tinieblas, desfallecida, esperando que se agotara el manantial de emoción que la henchía. No obstante, no se conocía ninguna pena; su hija se había salvado, y ella misma había vuelto á emprender el curso monótono y encantador de su existencia. Era aquello en ella, bruscamente, como el punzante sentimiento de un inmenso dolor, de un vacío insondable que no colmaría nunca, de una desesperanza sin límites en la que se hundía con todos cuantos le eran caros. No hubiera podido explicar qué desgracia la amenazaba de aquella suerte; pero estaba sin esperanza, y lloraba.

Ya, en la iglesia perfumada de flores del mes de María, había sentido enternecimientos semejantes. El vasto horizonte de París, en el ocaso, la conmovía con profundísima impresión religiosa. La llanura parecía ensancharse, y de aquellos dos millones de existencias que se borraban ascendía una especie de melancolía. Después, cuando reinaban las tinieblas, cuando la ciudad se había desvanecido con sus ruidos moribundos, el oprimido corazón de Elena estallaba, y sus lágrimas se desbordaban en presencia de aquella paz soberana. Hubiera juntado las manos y balbuceado plegarias. Una necesidad de fe, de amor, de anonadamiento divino, le producía enorme escalofrío. Y entonces era cuando las estrellas al levantarse la trastornaban con un goce y un terror sagrados.

Al cabo de un largo silencio insistió el padre Jouve.

—Hija mía, debe usted confiarse á mí. ¿Por qué vacila usted?

Elena seguía llorando, pero con dulzura de niño, como cansada y sin fuerzas.

—La iglesia la asusta á usted,—continuó el cura.—Por un instante, la creí á usted conquistada por Dios. Pero ha ocurrido de otra suerte. El cielo tiene sus designios... Pues bien, ya que desconfía usted del sacerdote, ¿por qué ha de negar por más tiempo una confidencia á un amigo?

—Tiene usted razón,—balbuceó Elena.—Sí; estoy afligida y siento necesidad de confiarme á usted. Es preciso que le confiese á usted estas cosas. Cuando yo era niña, no entraba mucho en las igle-



sias; hoy, no puedo asistir á una ceremonia sin sentirme profundamente perturbada. Y ahora, mire usted, lo que me hacía sollozar hace un momento, es esa voz de París que se parece al sonido de un órgano, es esa inmensidad de la noche, es ese hermoso cielo... ¡Ah! Quisiera creer. Ayúdeme usted... enséñeme...

El padre Jouve la calmó colocando ligeramente su mano sobre la de ella.

—Dígame usted todo,—replicó sencillamente.

Elena luchó un instante, llena de angustia.

—No tengo nada, se lo juro á usted... Nada le oculto... Lloro sin razón, porque me ahogo, porque mis lágrimas brotan por sí mismas... Ya conoce usted mi vida. Ahora no podría yo encontrar en ella una tristeza, ni una falta, ni un remordimiento... Y no sé, no sé...

Su voz se extinguió. Entonces, el sacerdote dejó caer lentamente esta frase:

—Usted ama, hija mía.

Elena se sobresaltó, y no se atrevió á protestar. Volvió á reinar el silencio. En el mar de tinieblas que dormía ante ellos, había relucido una centella. Había sido á sus pies, en cualquier parte del abismo, no habrían podido precisarlo. Y, una por una, otras centellas aparecieron. Nacían en la noche con brusco sobresalto, de repente, y permanecían fijas, refulgentes como estrellas. Parecía que fuese aquello una nueva salida de los astros, en la superficie de un sombrío lago. Pronto las centellas dibujaron una doble línea, que partía del Trocadero y se iba hacia París, en ligeros saltos de luz; después, otras lí-

neas de puntos luminosos cortaron la primera; se dibujaron curvas, y se extendió una constelación, extraña y magnífica.

Elena continuaba sin hablar, siguiendo con la vista aquellos centelleos, cuyos fuegos continuaban el cielo por debajo del horizonte, como una prolongación de lo infinito, como si la tierra hubiese desaparecido y se viera por todas partes la redondez celeste. Y la joven volvía á hallar en aquello la emoción que le había desgarrado el alma algunos minutos antes, cuando el Carro se había puesto á girar lentamente alrededor del eje del polo, con la lanza hacia arriba. París, que se iluminaba, se extendía, melancólico y profundo, llevando consigo las aterradoras meditaciones de un firmamento en el que pululan los mundos.

Entretanto el sacerdote, con aquella voz monótona y dulce que le daba la costumbre del confesionario, cuchicheaba largamente al oído de Elena. Una noche la había prevenido, y le había dicho que la soledad de nada le valía. No se podía uno colocar impunemente fuera de la vida común. La joven se había enclaustrado en demasía, y con ello había abierto la puerta á los ensueños peligrosos.

—Soy muy viejo, hija mía,—murmuró,—y he visto con gran frecuencia mujeres que venían á nosotros con lágrimas, oraciones, deseos de creer y de prosternarse... De manera que poco puedo equivocarme hoy. Las mujeres, que parecen buscar á Dios tan ardentemente, no soñan más que pobres corazones perturbados por la pasión... Es un hombre lo que adoran en nuestras iglesias...



Elena no le escuchaba, en el colmo de la agitación por el esfuerzo que hacía para ver por fin claro en su propio interior. Se le escapó la confesión, pero en voz muy baja, como ahogada;

—Pues bien; sí, amo... Eso es todo. No sé más, no sé más...

El sacerdote procuraba ya no interrumpirla; Elena habló llena de fiebre, con frases cortas; y gozaba alegría amarga al confesar su amor, al compartir con aquel anciano su secreto, que la ahogaba desde hacía tanto tiempo.

—Le juro á usted que no puedo leer en mí misma... Esto ha venido sin que yo lo supiera. Quizá de repente. Y sin embargo, no he sentido su dulzura sino á la larga... Pero por otro lado, ¿á qué hacerme más fuerte de lo que soy? No he procurado huir de ello, me sentía demasiado feliz; hoy, tengo todavía menos valor. Vea usted; mi hija ha estado enferma, y me he visto á punto de perderla; pues bien, mi amor ha sido tan profundo como mi pena; ha vuelto todopoderoso después de aquellos días terribles, y me posee, y me siento arrebatada...

Se detuvo para tomar aliento, temblorosa.

—Por fin he agotado ya mis fuerzas. Tenía usted razón, amigo mío, me consuela el confiarle á usted estas cosas... Pero, se lo suplico; dígame usted qué pasa en el fondo de mi corazón. ¡Estaba yo tan tranquila!... ¡Era tan feliz! Esto ha sido como un rayo en mi existencia. ¿Por qué yo? ¿Por qué no otra? Porque yo no había hecho nada para esto, y me creía muy escudada... ¡Ah! Si usted supiese..

Yo no me conozco ya. ¡Oh! ¡Ayúdeme usted, sálveme!

Al ver que se callaba, el sacerdote, maquinalmente, con su acostumbrada libertad de confesor, hizo una pregunta:

—El nombre, dígame usted el nombre.

Vacilaba Elena, cuando un ruido singular le hizo volver la cabeza. Era la muñeca, que, entre los dedos de M. Rambaud, volvía á adquirir poco á poco su vida mecánica; acababa de dar tres pasos sobre el velador, con el rechinar de los engranajes que funcionaban mal aún; después, se había caído hacia atrás, y á no ser por el digno señor, hubiese saltado al suelo. M. Rambaud la seguía, con las manos extendidas, pronto á sostenerla, lleno de ansiedad paternal. Cuando vió volverse á Elena, le dirigió una sonrisa de confianza, como para prometerle que la muñeca iba á andar. Y se puso de nuevo á hurgar en el juguete con el punzón y las tijeras. Juana dormía.

Entonces llena, apaciguada por aquel ambiente de sosiego, murmuró un nombre al oído del sacerdote. Este no se movió. En la sombra no se le podía ver el rostro. Habló al cabo de una pausa:

—Lo sabía, pero quería recibir la confesión de usted. Hija mía, debe usted de padecer muchísimo.

Y no pronunció ninguna frase vulgar acerca de los deberes. Elena, anonadada, triste hasta morir por aquella compasión serena del sacerdote, seguía de nuevo con la vista las chispas que salpicaban de oro el sombrío manto de París. Multiplicábanse



hasta lo infinito. Eran como ese fuego que corre por la ceniza negra de un papel sellado. Al principio, los puntos luminosos habían partido del Trocadero, yendo hacia el corazón de la ciudad. Pronto, apareció otro foco por la izquierda, hacia Montmartre; después otro á la derecha, detrás de los Inválidos, y otro más, más atrás, por el lado del Panteón. De todos aquellos focos á la vez descendían vuelos de pequeñas llamas.

—Acuérdese usted de nuestra conversación,—prosiguió el cura lentamente.—No he cambiado de parecer... Debe usted casarse, hija mía.

—¡Yo!—dijo Elena aplastada.—Si acabo de confesarle á usted... Bien sabe usted que no puedo.

—Debe usted casarse,—repitió él con más fuerza.—Se casará usted con un hombre honrado...

Parecía haber crecido dentro de su vieja sotana. Su gran cabeza ridícula, que se inclinaba de ordinario sobre uno de los hombros, con los ojos medio cerrados, se erguía, y sus miradas eran tan amplias y claras, que Elena las veía relucir en la noche.

—Se casará usted con un hombre honrado que será un padre para su Juana, y que la devolverá á usted toda su lealtad...

—Si yo no le amo... ¡Dios mío! Si no le amo...

—Le amaré usted, hija mía. El la ama á usted y es bueno.

Defendíase Elena, bajaba la voz al oír el leve ruido que M. Rambaud hacía detrás de ellos. El buen señor era tan paciente y tan fuerte en su esperanza, que, desde hacía seis meses no la había

importunado una sola vez hablándole de su amor. Esperaba con tranquilidad confiada, pronto por naturaleza á las abnegaciones más heroicas. El sacerdote hizo ademán de volverse.

—¿Quiere usted que yo se lo diga todo?... El le tenderá á usted la mano, él la salvará. Y usted le colmará de alegría inmensa.

Elena la detuvo, trastornadísima. Su corazón se rebelaba. La asustaban aquellos dos hombres tan apacibles y tan tiernos, cuya razón conservaba tanta frialdad al lado de las calenturas de su pasión. ¿En qué mundo vivían para negar de aquel modo aquello que tanto la hacía sufrir? El sacerdote extendió la mano, señalando á los vastos espacios.

—Hija mía, vea usted esta hermosa noche, esta paz suprema en frente de la agitación de usted... ¿Por qué se niega usted á ser feliz?

París entero se había alumbrado. Las pequeñas llamas danzantes habían agujereado el mar de nieblas de un extremo á otro del horizonte, y ya sus millones de estrellas ardían con resplandor fijo en una serenidad de noche de verano. Ni un soplo de viento, ni un escalofrío asustaba á aquellas luces que parecían como suspendidas en el espacio. París, al que no veían, había retrocedido hasta el fondo de lo infinito, tan ancho como un firmamento. Entre tanto, por bajo de las pendientes del Trocadero, un resplandor rápido, los faroles de un fiacre ó de un ómnibus, cortaban las sombras con la estela de luz continua de una estrella volante; y allá, en el irradiar de los mecheros del gas, que despedían como una neblina amarilla, se distinguían vaga-



mente fachadas revueltas, copas de árboles de un verde crudo de decoración. Sobre el puente de los Inválidos se cruzaban estrellas sin descanso; en tanto que, debajo, á lo largo de una cinta de tinieblas más espesas, se destacaba un prodigio, una banda de cometas cuyas colas de oro se alargaban en lluvia de centellas; eran, en las negras aguas del Sena, las reverberaciones de los faroles del puente. Pero al otro lado, lo desconocido volvía á empezar. La larga curva del río estaba indicada por un doble cordón de gas, unido por otros cordones de tanto en tanto; habríase dicho que era una escala de luz lanzada al través de París, y apoyando sus dos extremidades en los bordes del cielo, en las estrellas. A la izquierda, bajaba otra serie de agujeros; los Campos Elíseos llevaban un desfile regular de astros desde el Arco del Triunfo á la Plaza de la Concordia, en donde lucía el centelleo de una pléyade; después, las Tullerías, el Louvre, los grupos de casas del borde del agua, el Ayuntamiento en el fondo, formaban cintas sombrías, separadas de trecho en trecho por el cuadrado luminoso de una gran plaza; y más hacia atrás, en la desbandada de las techumbres, las claridades se desparramaban, sin que se pudiera encontrar otra cosa que un hundimiento de calle, alguna esquina de boulevard, alguna prolongación de encrucijada incendiada. En la otra margen á la derechá, sólo la Esplanada se dibujaba limpiamente, con su rectángulo de llamas, semejante á algún Orión de las noches de invierno, que hubiese perdido su escudo; las largas calles del barrio de San Germán espaciaban claridades tris-

tes; al otro lado, los barrios populosos parecían brasas, alumbrados por pequeñas llamas apretadas, luciendo en una confusión de nebulosa. Era, hasta los arrabales y todo alrededor del horizonte, un hormiguero de mecheros de gas y de ventanas iluminadas, como un polvillo que llenaba las lejanías de la ciudad con aquellas miriadas de soles, de esos átomos planetarios que la vista humana no puede descubrir. Los edificios se habían obscurecido, y ni una luz se veía en ellos. A ratos se hubiera podido creer en alguna fiesta gigantesca, en un monumento ciclópeo iluminado, con sus escaleras, sus rampas, sus ventanas, sus frontones, sus terrazas, su mundo de piedra, cuyas líneas de lámparas trazaran en fosforescentes rasgos la extraña y enorme arquitectura. Pero la sensación que producía era la de un nacimiento de constelaciones, la de un agrandamiento continuo del cielo.

Elena, siguiendo el lento ademán del sacerdote, había paseado una larga mirada por el encendido París. Allí también ignoraba el nombre de las estrellas. De buena gana hubiera preguntado qué era aquel resplandor vivo, allá abajo, á la izquierda, que veía todas las noches. Otros la interesaban también. Había algunos á los que tenía cariño, y en cambio otros la dejaban inquieta y enojada.

—Padre mío,—dijo, empleando por primera vez este nombre de ternura y de respeto.—Déjeme usted que viva... Es la belleza de esta noche lo que me agita... Se ha equivocado usted; no podría usted á esta hora darme consuelo, porque no puede usted comprenderme.



El sacerdote abrió los brazos, y luego los dejó caer con lentitud resignada. Y después de una pausa habló en voz baja:

—Sin duda, así tenía que ser... Pide usted socorro, y no acepta usted la salvación... ¡Cuántas desesperadas confesiones he recibido, y cuántas veces me ha sido imposible el evitar las lágrimas!... Oiga usted, hija mía; prométame usted una sola cosa; si alguna vez la vida llega á ser para usted demasiado pesada, piense usted en que un hombre honrado la ama y la espera... No tendrá usted más que poner su mano en la de él para recobrar la calma.

—Se lo prometo á usted,—respondió Elena con gravedad.

Y cuando hacía esta promesa, se oyó en la alcoba una leve risa. Era Juana, que acababa de despertarse, y que contemplaba á su muñeca andando por el velador. M. Rambaud, encantado con su compostura, adelantaba de nuevo las manos por temor á cualquier accidente. Pero la muñeca era sólida; golpeaba con los taconitos, y volvía la cabeza dejando escapar á cada paso las mismas palabras, con voz de cotorra.

—¡Oh! Eso es trampa...—murmuraba Juana, medio dormida aún.—¿Qué le has hecho, dime? Estaba rota, y otra vez anda... Déjame que yo la vea... Eres muy amable.

Entretanto, sobre el encendido París subía una luminosa neblina. Hubiérasele creído el rojo aliento de una hoguera. Al pronto, no fué más que una palidez de la noche, un reflejo apenas sensible. Des-

pués poco á poco, á medida que la noche avanzaba, se tornó sangrienta; y suspendida en el aire, inmóvil por cima de la ciudad, compuesta de todas las llamas y de toda la zumbadora vida que se exhala-  
ban de ella, era como una de esas nubes de rayos y de incendio que corona la boca de los volcanes.